

## IGLESIA EN SALIDA A LAS PERIFERIAS EXISTENCIALES

Lo primero muchas gracias por invitarme a compartir con vosotros una experiencia, porque en definitiva yo no querría que pudiésemos conceptualizar esto como una ponencia más o menos sesuda de alguien que sabe y mucho y que puede hablar de estas cosas, sino sencillamente de un cristiano que ha estado por distintos avatares de la vida también repartiendo responsabilidades con algunos que han tenido mucho que ver de hacia dónde han ido los caminos de mi vida. Los caminos de mi vida se han ido colocando en eso que ahora se ha puesto de moda que se llama las periferias y que a mí me da un poco de repelús, pero no porque sea bueno o malo lo de las periferias, sino porque se ha puesto de moda. Cuando las cosas se ponen de moda uno tiene ahí la sensación de no terminarse de sentir plenamente a gusto, sobre todo porque hay una dinámica en esto de que las cosas se nos pongan de moda que los términos, e incluso los espacios y hasta las historias, terminan cobrando un sentido que no es necesariamente el sentido que tú, cuando estabas ahí, pensabas que tenía que tener y que tenía que ir por algún sitio.

En ese sentido yo creo que más que de las periferias yo me había sentido más cómodo hablando de los dentro y los fuera, porque las periferias aparecen ahora como concepto sobre todo porque el Papa Francisco las empieza a manejar, pero empiezan a tener unas connotaciones en depende qué gente a lo mejor no se ajustan exactamente al o que uno ya estaba pensando de esto. Entonces saliendo un poco de ese marco de lo de las periferias y entrando un poco en esa lógica del dentro y fuera, sí que yo creo que sería importante empezar a plantearse el espacio de una Iglesia que está ahí fuera, que está en esas periferias, que está en las fronteras, que está en el extrarradio, que está fuera de la ciudad, fuera del campamento, en ese lugar.

¿Por qué?, porque este cometido termina por dislocar nuestra distorsión de la realidad; ahora nos da por salir a la búsqueda de Dios y entonces de repente nos llenamos de eslóganes y decimos “el pobre, sacramento de Dios”. Cuando uno empieza desde un eslogan e intenta que después ese eslogan cobre realidad y vida, se puede terminar encontrando con que a lo mejor eso no estaba tan claro, o a lo mejor Cristo no era como tú pensabas. Porque la realidad del pobre siempre es una realidad yo creo que una realidad aborrecible; a mí cuando me encuentro con alguno y me dice “no, a ti esto de los pobre te gusta”, pues no, a mí esto de los pobres no me gusta, creo que no deberían

de existir, no quiero decir que haya que gasearlos sino que no debería existir la pobreza. La pobreza es una aberración y yo creo que cuando Dios ve la pobreza, vomita, porque no tiene ningún sentido que en un mundo que puede ser un espacio abierto donde todos quepan, hayamos sido capaces de construirnos unas barreras que nos separan relacionamente y que impiden que cada uno de nosotros podamos vivir en plenitud a la dignidad que hemos sido llamados de poder vivir como los hijos de Dios que somos.

Y en ese contexto, cuando uno se encuentra con el pobre y lo lleva ahí como muy ideologizado, antes me ha gustado mucho cuando estaba escuchando al compañero que venía del mundo rural y decía “me da miedo lo que la gente tiene de bucolicalismo”, y he pensado que era verdad, con el mundo de los pobres nos pasa lo mismo: con el mundo de los pobres de repente la gente empieza a pensar que esto es yo qué sé. Y los pobres ¿qué son?, una porción de la fraternidad o de la filiación de Dios que se ha perdido en un absurdo porque no tenían que estar ahí.

Entonces el asunto está en que ciertamente lo de los pobres yo creo que no es una realidad especialmente apetecible para nadie y, sin embargo, la experiencia de la fe lo que nos va es dando a entender que si nosotros queremos encontrarnos con Dios, necesariamente vamos a tener que tender a salir de esos límites que hemos establecido como el centro, la periferia, la frontera, el fuera, o como queramos llamarlo, porque Dios donde se va a terminar ubicando siempre va a ser ahí. Y eso ya lo teníamos desde el Antiguo Testamento en el camino del éxodo: cuando el pueblo de Israel va caminando por el desierto, coloca la tienda del encuentro fuera del campamento, y si alguien quiere encontrarse con Dios tiene que salir fuera, tiene –como diría después el escrito a los hebreos–, tiene que salir a buscarlo fuera, fuera de los muros de la ciudad, a ese lugar donde se queman los excrementos, a ese lugar donde se queman los animales que se han ofrecido en el sacrificio, a ese lugar que es el lugar de los impuros, que es el lugar de los leprosos, que es el lugar de los extranjeros, que es el lugar de los que no caben; y si queremos encontrarnos con Dios, el espacio para encontrarnos con Dios es precisamente este.

Pero sin confundir la realidad, porque ese es el espacio donde Dios se hace presente, esa es la casa de Dios, es el lugar de la manifestación de Dios y no es –como muchas veces pensamos cuando nos dejamos llevar por las modas– lo que nosotros necesitamos para salvarnos, porque entonces terminamos confundiendo al hermano y al pobre como una herramienta puesta a mi servicio para que yo me pueda realizar. Yo eso siempre he dicho que a mí me da un miedo atroz, porque cuando escucho las obras de misericordia –que mira que son buenas y majas–, pero cuando estamos en esa otra clave de voy a

buscar al pobre porque el pobre me viene bien para poderme salvar, al final tengo que hacer con el pobre lo que entiendo que tengo que hacer independientemente de él; y si lo que tengo que hacer es darle de comer, le agarro por el cogote y le empiezo a meter para dentro lo que yo entiendo que le tengo que dar de comer. Y muchas veces, cuando nos colocamos en esos contextos, terminamos justificando toda la arrogancia y toda la prepotencia con la que nosotros nos acercamos a los otros porque lo nuestro es lo que pita, lo nuestro es lo bueno y lo nuestro es lo verdaderamente importante; y dejamos de entender que es en la realidad del otro donde se manifiesta el Dios que me salva, no es que él sea la herramienta por la cual yo me salvo.

Es entonces la casa de Dios, esa es la casa del Padre; pero ciertamente no podemos estar en la casa del Padre con los brazos cruzados. Estar en la casa del Padre es vivir con el Padre, es vivir su pasión, es vivir su ilusión, es vivir su sueño, es vivir su pretensión, es empezar otra vez a pensar como Él piensa y, sobre todo, a sentir como Él siente. El plan de Dios es un plan de un mundo absolutamente acogedor, de un mundo donde la experiencia de la vida puede brotar de cualquier rincón porque la vida tiene sentido más allá de cualquier limitación que nosotros encontremos a la vida, incluso de la angustia y de la muerte. Y si hasta la muerte puede llegar a tener sentido en nuestra vida, no hay ningún resquicio de lo que somos que no pueda ser plenificado por Dios. Y eso nosotros lo hemos roto, lo hemos roto por la absurda pretensión de querer alcanzar el lugar de Dios para querer ubicarnos nosotros en el centro de toda la historia y que el mundo termine girando a nuestro alrededor, y esto lo hacemos con bastante frecuencia.

Yo creo que cuando nos dejamos llevar por nuestras ideologías, por nuestras pedradas –eso que decimos, nuestras pedradas–, al final terminamos haciendo eso. Lo barnizamos de mil cosas y le decimos a la gente: “No, es que sabes, yo tengo muchos problemas porque soy muy sincero”. A lo mejor eres un poco bocazas, porque el problema es que la verdad se supone que nos hace libres. Es verdad que en ocasiones da problemas, pero muchas veces el problema no está tanto en la verdad sino en cómo la formulamos. Eso sí, cuando yo ya me erijo que soy el que se puede permitir el lujo de ir dando lecciones al mundo entero, empezando por ti y terminando por los confines de la tierra, entonces francamente tenemos muchas posibilidades de terminar rompiendo ese mundo que Dios había soñado para nosotros y terminamos generando un mundo de barreras, un mundo de distancias, un mundo que no podemos salvar y que, al final, nos va terminando haciendo pequeños y, sobre todo, insufribles. Y cuando nos hacemos insufribles, nuestra vida se termina convirtiendo en un infierno.

Por eso esa tarea de encontrarnos en la casa del Padre es volver a vivir ese sueño de que se ajuste de nuevo todo lo que se nos ha roto, es volver a hacer justicia. Es curioso que quizá en nuestro mundo seamos ya nosotros de los pocos que hablamos de la justicia en un sentido que no sea retributivo. Para el cristiano yo creo que la justicia no es que el que la haga la pague, no, no se trata de buscar un culpable y de afiolarlo. Yo creo que la justicia va mucho más allá, la justicia es ver qué es lo que teníamos y qué es lo que se nos ha agotado, cuál era el sueño de Dios y en qué lo hemos transformado, e intentar volver a la casa del Padre a reconstruir ese sueño del Padre en el cual yo puedo vivir acogiendo y entendiendo que pueden vivir también ahí conmigo todos los que hemos sido llamados a esa mesa común.

Por eso yo creo que cuando nosotros nos ubicamos en esos contextos donde la dignidad ha dejado de ser reconocida para mucha gente, nuestra labor, nuestra única labor, es lo que decía Pablo: anunciar el Evangelio. Ahora claro, esto de anunciar el Evangelio yo creo que también durante mucho tiempo lo hemos secuestrado y lo hemos sesgado. ¿En qué sentido?: en el sentido de que hemos terminado identificando evangelizar con eclesializar, y yo creo que no tiene nada que ver una cosa con la otra. El anuncio del Evangelio es el anuncio del reino, y el reino es esa casa común a la que hemos sido llamados; la Iglesia es quien tendrá que servir para que eso sea posible, es la que se tendrá que poner las pilas para poner la mesa en la cual todos podamos sentarnos a compartir esa comida definitiva que es la plenitud de Dios en la historia nuestra, en la historia de lo humano.

Por lo tanto, anunciar el Evangelio es sencillamente restituir dignidades, no dignidades perdidas sino dignidades no reconocidas: la dignidad del yonki, la dignidad de la prostituta, la dignidad del inmigrante; no son dignidades que han perdido porque esas dignidades están clavadas, están grabadas a fuego en el corazón de lo que somos: hijos e hijas de Dios, eso no nos lo puede quitar nadie, nadie. Podemos no vivir como lo que somos, y sobre todo podemos hacer que otros no vivan como lo que son; anunciar el Evangelio es reconocer y devolver el reconocimiento de esa dignidad. Por lo tanto, como diría Pablo: Ay de mí si no evangelizara.

Pero claro, eso de estar en la casa del Padre haciendo con Él, ¿cómo podemos hacerlo?, ¿cómo se hace eso de evangelizar? Y ahí no me voy a repetir porque recuerdo que en una pregunta que se hizo la última vez que estuve aquí en una mesa redonda ya lo comenté, con lo cual lo voy a pasar un poco así casi que por alto. Pero básicamente lo que venía a señalar es que yo entendía que había dos modelos de evangelización:

**Modelo** que yo he llamado **de puerta hermosa**. Consiste en aquello que nos pasa cuando una pareja, por ejemplo, se casa y se va de viaje de novios. Luego llegas a su casa y te dicen: “siéntate que te voy a enseñar las fotos”, y tú te sientas ahí y empieza a ponerte las fotos de la boda una detrás de otra; en el primer cuarto de hora aguantas bien, 25 minutos y todavía estamos en que no hemos entrado en la iglesia, a los 45 minutos empiezas a estar un poco agobiado. Después empieza el viaje a Tailandia, el elefante ya no lo soportas y estás deseando a ver cuándo empiezas las fotos del aeropuerto de vuelta. Ese el modelo puerta hermosa, que es el modelo de Juan y de Pedro en la puerta hermosa cuando se encuentran a ese pobre que le dice: “Deme algo”, “pues no llevo nada, pero lo que tengo te lo voy a dar entero”, y le aprietan el kerigma. Claro, el otro estaba cojo, que eso nunca se comenta, pero estaba cojo; las posibilidades de huir muchas veces en esos contextos son mínimas, entonces te lo comes entero el kerigma. No digo yo que eso no sea un modelo válido, no digo yo que no, digo que es un modelo y que es un modelo que en determinados momentos responde fundamentalmente a esa necesidad que tienes dentro de “esto te lo voy a contar porque te lo tengo que contar, es que lo llevo tan dentro, me es tan grande para mí que te lo voy a contar”, y no mido, no mido.

Un segundo modelo es el **modelo de Emaús**. Ese que iban dos por el camino, se le acerca otro y les dice: “¿y qué hay de lo tuyo?” Pero “¿no te has enterado?”, y le empiezan a contar todo con un cabreo tremendo, una desilusión, una frustración. Entonces el otro escucha, se pone en forma de escuchar y escucha, y escucha, y escucha, y cuando tiene un resquicio dice: “bueno, ¿vosotros estáis tontos o qué?” Y entonces empieza a intentar iluminar todo eso que los otros estaban viviendo. Y no solamente se lo cuenta, sino que se lo hace; y los otros le terminan reconociendo cuando parte el pan. Ese sería el modelo de Emaús.

Yo me quedé ahí, pero hete tú aquí que ya tenía yo que vivir la experiencia de contar con un formador mío que siempre me ha seguido formando y al que se lo agradezco mucho, que es mi amigo Antonio, y me dijo: “te falta una”. Y es verdad, me faltaba una que es el **modelo samaritana**. El modelo samaritana vendría así como que tú estás ahí y yo me acerco y te digo: “tú tienes algo que a mí me vendría muy bien. Lo que tú tienes lo necesito y me gusta”. “¿Yo? ¿Qué tengo yo que a ti me guste?” “Agua, agua”. Y a partir de ahí empezamos a tener una relación, una relación en la que sale todo, una relación que parte de que lo que tú tienes es importante para mí y que, por lo tanto, no sólo soy yo el que tengo algo importante que transmitirte a ti sino que me encuentro contigo y en esa dinámica eres tú quien empieza a enriquecerme, hasta que somos capaces de conseguir entablar una relación en la que tú y yo nos vamos descubriendo.

Y en esa relación lo mismo que tú me aportas, yo también te apporto, y ese tesoro que yo puedo aportar en vasijas de barro te lo apporto porque es lo que tengo, pero sin tu agua esto no habría sido posible.

Estar haciendo en la casa del Padre nos obliga a tener un modelo desde el cual intentar colocarnos. ¿Cómo?, ¿desde dónde? Yo creo que es fundamental e importantísimo que terminamos descubriendo también cuáles son las claves últimas de lo que nosotros podemos hacer, la comprensión más definitiva de lo que anunciamos en relación con lo que somos; porque si no terminamos de encontrar tampoco quién somos y de qué vamos, es muy difícil que podamos tener algo de verdad que transmitir. A mí un modelo que me ayuda mucho a entender esto es el del profeta Oseas. El Libro de Oseas es una filigrana, el pobre hombre se dedica a sus cosas y de repente viene Dios y le dice que se tiene que casar. Ya cuando va integrando que se tiene que casar le dice que se va a casar con una prostituta. Va y se casa y le dice Dios: esto es importante, esto es tan importante que yo quiero expresar que como tú te quieres con esta mujer es como yo quiero al pueblo. El problema es que ella se va con otro y es una relación prostituida, es una relación que no es clara, es una relación que no construye, pero sí es una relación que sí tiene consecuencias. Entonces aparecen las consecuencias de esa relación que son tres hijas. La primera se va a llamar Jezreel, la segunda “no compadecida” y la tercera “no mi pueblo”.

El valle de Jezreel es ese valle donde hubo una pelea tremenda entre los del pueblo del norte y los pueblos del sur, todo se quedó cubierto de sangre y aquello fue la expresión máxima de la ruptura de la unidad de un pueblo. En ese contexto de enfrentamiento de los unos con los otros, la realidad de la compasión es baladí, no existe, no hay piedad. Podemos construir muros en determinados sitios o podemos ignorar mares en otros, no hay piedad, no pasa nada. Hoy venía oyendo en la radio que mueren 6 personas al día en el Mediterráneo, pues no pasa nada, no hay piedad.

Pero no solamente ocurre que no haya piedad, sino que porque se ha producido ese enfrentamiento y porque no hay piedad de los unos para con los otros, se ha roto también la posibilidad de futuro. Cuando nosotros nos pensamos de uno en uno nuestra vida es muy corta, muy corta, porque somos la expresión de algo que no se sabe muy bien qué es y que se desarrolla en unos cuantos años. Cuando nosotros empezamos a darnos cuenta de que nuestra relación con los otros nos constituye con ellos como pueblo, nuestra relación ya es eterna, nuestra vida se hace eterna, nuestra vida se abre a una dimensión donde no es posible que nada se agote. Es verdad que la muerte me puede sobrevenir y que me puede sorprender, pero de lo que yo formo parte ya va más

allá que la propia finitud de mi cuerpo; y ser pueblo, entonces, me da una trascendencia y una capacidad.

Pero el pueblo se ha roto, y la hija del profeta se va a llamar “no mi pueblo”. Ante eso Dios se revela, se cabrea, se mosquea un montón y le viene a decir algo así al profeta como: os lo habéis ganado a pulso porque es para daros con la mano abierta. Y ya se queda así en este momento de tensión y dice: pero no lo voy a hacer, porque soy Dios; no voy a entrar en esa dinámica, me salgo de ahí y la intervención, la posibilidad de hacer historia en mi presencia va a transformar la realidad. Y la realidad se transforma, los hijos, las hijas del profeta se transforman, cambian. Jezreel seguirá siendo Jezreel porque no podemos negar nuestra historia, y el día que nosotros empecemos a negar nuestra historia empezaremos a ser capaces de repetirla, de volver a cometer las mismas estupideces y de volver a cometer las mismas sangrías. No podemos olvidar que nuestras manos también están manchadas de sangre, las de todos, porque todos hemos participado de esa historia donde hemos ido construyendo este mundo de muros y de mares.

La segunda hija del profeta sí cambia de nombre porque ya no se va a llamar “no compadecida”, sino “compadecida”; porque en la intervención de Dios sí hay piedad, sí hay compasión, sí hay posibilidad de reencontrarnos con el otro y volver a descubrir en él la dignidad que Dios le había conferido. En el caso de “no mi pueblo” también va a haber una transformación, y “no mi pueblo” también cambiará su nombre pero no a “mi pueblo” como sería lo esperable sino que va mucho más allá; “no mi pueblo” se llamará “hijos e hijas de Dios”. En esa línea nos vuelve a abrir a nosotros a una relación de fraternidad donde descubrimos que si aprendemos a ver las cosas como Dios las ve, podemos sentir las cosas como Él las siente. Y sintiendo las cosas como Dios las siente, descubrimos que el bien del otro es el que hace que realmente el mío también se produzca, yo estoy bien si tú estás bien. Y no tienes muchas más posibilidades de estar bien porque no te puedes aislar del mundo y la realidad del otro te va a salpicar; si el otro no está bien eso lo pagamos, cuando el otro está bien eso lo disfrutamos.

Por eso, esa experiencia de lo de Dios en esos contextos de dentro y de fuera, luego se concretan y se puede hacer historia. Recuerdo un compañero que me encontré un día y me dijo: “ahora que estás ¿por la Cañada?” “Pues sí” “¿Y qué haces allí?, porque que haya trabajadores sociales es normal pero, como cura ¿qué hace un cura ahí en ese sitio?” Yo decía: este hombre no lo puedo entender, ¿lo de Dios es hacer cosas o lo de Dios es estar donde hay que estar haciendo las cosas de Dios?, porque yo creo que son cosas diferentes. El mundo de los pobres no es –como comentamos antes– ese lugar

donde yo voy a hacer cosas para sentirme bien o para incluso salvarme, sino que es ese lugar donde lo de Dios empieza a construir algo nuevo que no puede venir de los arribas. Nos pasamos la vida diciendo que el poder no es lo que nos va a dar las soluciones, que las soluciones tienen que venir desde abajo, pero luego no nos lo creemos. Y una de dos: o pretendemos usurpar el poder para hacer las cosas desde el poder o nos pasamos la vida protestando porque los que tienen poder no hacen las cosas que nosotros queremos.

Y yo, personalmente, cada vez me preocupo menos de esas cosas. Entiendo que la realización de los sueños de Dios desde el principio Dios se han ido mostrando que se van construyendo desde lo más pequeño. Por eso la vida de lo concreto, la vida de un barrio, la vida de un pueblo, la vida de un espacio definido, en el fondo es donde se pueden ir expresando y manifestando todos esos retos; y esos retos necesariamente tienen que ver también con lo político y con lo público, porque de lo que se trata es de jugar a soñar en inclusión, de aprender a descubrir que lo tuyo no es tan tuyo y que puedes ceder espacios a otros, que cuando abres las puertas de los sitios –porque tienes esa posibilidad de abrirlas– te vas a encontrar que los que entran no agreden sino que disfrutan, y empiezas a aprender a ceder espacios y a tejer redes. Y que en ese juego de soñar de forma inclusiva, de ceder espacios y de tejer redes, se va definiendo y se va diseñando ese sueño que Dios tiene de que podamos terminar encontrando una mesa común compartida.

Pero insisto en que esto no puede caer en la ingenuidad de que no pasa nunca, tiene que haber cambios también no solamente en lo pequeño, sino cambios que aspiren al todo. Yo me acuerdo en una reunión que teníamos en San Fermín –que es la otra parroquia en la que estoy– con los servicios sociales y decían “bueno, ¿qué hacemos?”, y yo decía: bueno, yo creo que hay que jugar a la grande, a la chica, a los pares y al juego, definitivamente. A la grande porque entiendo que tenemos que terminar aspirando a cambiar las políticas sociales y las políticas públicas, hay que cambiarlas; y podemos hacer eso, eso es posible hacerlo.

Nosotros, en nuestra parroquia de Santo Domingo de la Calzada, vamos descubriendo que eso es posible de hacer; hemos ido aportando cosas, hemos ido aprendiendo a estar en un espacio de una forma diferente. Nos hemos dado cuenta de que la Iglesia hoy en Madrid, en España, no vemos que esté muy perseguida; es verdad que puede haber gente a la que no le gustemos demasiado, pero el problema no es tanto el que seamos Iglesia como el cómo nos colocamos en los distintos espacios, o al menos es lo que nosotros hemos descubierto. Hemos empezado a relacionarnos con todo tipo de actor

social que participa en la vida de lo cotidiano en un territorio, con las administraciones, con todos los que trabajan en el territorio y con los vecinos del territorio. La mayor parte de los vecinos de ese territorio no son susceptibles de ser católicos; la inmensa mayoría son susceptibles de ser musulmanes o susceptibles de ser evangelistas, unos pocos ortodoxos y tres o cuatro que podrían ser católicos y un día se pusieran ahí. Pero en ese sueño de lo político, desde ahí, hemos sido capaces de ir generando espacios y perspectivas de esperanza que nos ayudan a comprender que si los cambios los hacemos juntos todos esos actores, al final podemos incluso traspasar esa temporalidad tan tediosa y mortecina que son las legislaturas.

Es decir, podemos ponernos de acuerdo al menos en que hay que estar de acuerdo, que ya es un gran logro con la que está cayendo. Y si somos capaces de ponernos de acuerdo en que hay que estar de acuerdo, podemos empezar a construir también contextos que nos permitan ir tomando decisiones cada vez más vinculantes, que se mantengan en el tiempo más allá de cuáles sean los grupos que tienen la posibilidad de tomar decisiones desde el poder político, desde el poder ejecutivo, desde el poder legislativo. Podemos ir entrando en esa clave de intervenir en una realidad para conseguir que la realidad se transforme; y no solamente que se transforme desde lo íntimo, sino que se transforme también desde lo estructural.

Quizá nosotros ahí también vamos descubriendo que la Iglesia tiene una posibilidad de presencia en el mundo que a lo mejor, no sé, yo tengo la sensación de que no la tenemos ahora mismo muy explotada en nuestra propia vida eclesial, y que creo que merecería la pena recorrer también ese camino que es el de entendernos a nosotros mismos como un ministerio de comunión. En un mundo como el que podemos ver ahora a través de cualquier televisor cuando pones un telediario, que está tan sumamente encabronado –y perdonarme el término pero es que no se me ocurre cómo decirlo mejor–, donde todo el mundo está contra todo el mundo, donde todo el mundo lo único que intenta es darle caña a todo el mundo para terminar constatando que por más caña que des no se cambia nada, a lo mejor desde otras claves que tienen más que ver con esas raíces del Evangelio de encontrarse reconociendo lo bueno que tiene el otro, y desde ahí ir reconstruyendo dignidades, y desde ahí ir asumiendo la capacidad de tener una palabra que decir y una palabra con la capacidad de ser escuchado. Y una posibilidad ministerial que basándose en la confianza, en el aprender a fiarte del otro aunque el otro no te guste y aunque el otro no sea de los tuyos y aunque el otro te trastoque, aprender a descubrir que con el otro puedes ir haciendo cosas grandes que no tienen por qué acabar nunca. Pero, sobre todo, descubriendo también que en ese juego de ir haciendo desde la confianza y corresponsablemente con los otros, necesitas abrir caminos de

participación donde habrá que reinventar de nuevo cómo es la participación de la gente en nuestras comunidades, en nuestros barrios, en nuestras asociaciones, si seguimos utilizando los mismos métodos que ya vamos constatando que no funcionan y que nos terminan ahogando en desencuentros y en sinsentidos que al final nos matan.

Para terminar os diría esto: tengo la convicción absoluta de que saliendo a esos márgenes donde parece que ya no hay nada que hacer, si terminamos encontrando ese reconocimiento del lugar donde Dios habita, al final podemos terminar transformando este mundo y cada vez tengo yo más la sensación que falta nos hace que lo transformemos. Gracias.

## DIÁLOGO CON EL PONENTE

*P. Yo quiero preguntarte por los flujos y reflujos de la gran Iglesia de Madrid, las idas y venidas, los rechazos y las aceptaciones, los flujos y reflujos de la gran Iglesia con los que la Iglesia va a periferia.*

R. Yo quiero decir que nunca sufrí nunca con esto. Yo creo que tenemos un problema en la Iglesia que es que somos muy clericales; esto no es una cosa de curas, eso es de todos, y cuando digo Iglesia digo laicos, religiosos, curas, obispos y todo. Creo que tenemos el gran problema –porque no es un peligro, es un problema– que somos unos clericalones. Entonces yo creo que lo bueno que tienen estos contextos de estar así con un pie fuera –y me he pasado mucha parte de mi vida con ese pie fuera– es que no se habla de estas cosas; entonces tú haces lo tuyo, lo que estás haciendo ahí, no te alcanzan mucho determinadas historias. Yo, por ejemplo, sé que hay algunas páginas de internet que, como no las leo, no tengo entonces demasiados problemas. Hay muchas historias de las que pasan a nivel de sacristía que no me entero, entonces tampoco es que me afecten demasiado.

Cuando he tenido la necesidad de decir algo lo he dicho, y cuando lo he dicho la mayor parte de las veces me he quedado así como “bueno, pues vale, no le interesa a nadie”. Entonces yo siempre he tenido un poco la sensación de que lo que podíamos estar haciendo en determinados contextos, no interesaba; y eso yo sí lo he vivido así y además lo he dicho, yo creo que estas cosas no han interesado nunca. Entonces se nos toleraba, se nos consentía, en mi caso además yo creo que hasta se me ha tratado con cariño, a mí me han querido.

Pero, un dato: llevo caso 28 años de cura, y en 28 años casi de cura solamente he tenido un seminarista al que se haya enviado para que yo pudiese mostrarle una forma peculiar, una manera de ser cura hoy en la diócesis de Madrid y en un sitio concreto, era americano. ¿Eso es bueno o es malo? No lo sé, no he sufrido nunca por eso, digo que es un dato pero yo no he sufrido nunca por eso.

Ahora uno tiene la sensación de que desde que el Papa dijo esto de las periferias parece como que nos hemos puesto de moda, los que antes no teníamos nada que decir porque no era importante de repente sí había algo que decir en eso. Pero tampoco hay que hacerle mucho caso a eso, porque esto va a pasar, supongo, no lo sé. Y en el fondo es que me da bastante igual, porque en definitiva cuando hablamos de la Iglesia nos fijamos en una partecita de la Iglesia, pero sí he tenido la oportunidad de compartir con grupos de Iglesia –con muchos grupos de Iglesia– muchas de estas experiencias desde

hace mucho tiempo. En el ámbito de lo académico, por ejemplo aquí en el Instituto, me han dicho: “vente y comentas”; en el ámbito de Cáritas he ido a unos grupos o a otros, en el ámbito de la vida religiosa también, en el ámbito de parroquias conoces a un cura que te dice: “oye, esto ven y lo cuentas”. Entonces yo no he tenido la sensación de tener a la Iglesia de espaldas, pero sí que la formalidad de la Iglesia o digamos que aquellos que iban intentando marcar un camino en la vida de la Iglesia, este mundillo yo creo que lo veían y lo vivían como una amenaza; triste porque creo que no lo es. Pero ya te digo: tampoco ha sido el eje que marcaba mi vida, he trabajado en lo que he pensado que tenía que hacer, y nunca jamás he tenido detrás a nadie para decirme que eso no se puede hacer.

También yo –casi desde que era pequeño– soy casi más de pedir perdón que de pedir permiso; entonces tú tira y ya veremos a ver por dónde amanece mañana.

*P. A mí me gustaría que nos hablaras un poco de cuál es el papel de la mujer en esas periferias existenciales, y que nos contaras también algo sobre la vivencia de las liturgias.*

R. El papel de la mujer a mí me parece que es un papel preponderante, y yo creo que es tan preponderante que en muchos contextos ya ni siquiera te lo planteas. Yo creo que en el contexto de espacios humanos que requieren una transformación y un cambio, el motor del cambio es la mujer, yo es lo que me encuentro. Y creo que es una fuerza la que encierra que tiene la capacidad de transformar una realidad absolutamente impensable. Podría poner 1.000 ejemplos de eso, y además de todos los orígenes culturales,

Decía que yo normalmente nos manejamos o compartimos un poco más nuestra tarea con población gitana, con población marroquí, con población gitana rumana; pues curiosamente en todos esos espacios es la mujer la que va liderando permanentemente todos los caminos de cambio y de transformación que sean reales, eso lo están haciendo las mujeres. Entonces yo creo que el papel de la mujer en ese contexto es fundamental.

A la hora de incorporar ese papel de la mujer en la Iglesia y en la vida comunitaria, reconozco que ahí tenemos un problema de creatividad. En las dos parroquias en las que yo estoy esto muchas veces lo hemos hablado, ¿qué podemos hacer?, y no se nos ocurre mucho. Puede ser que nos falte imaginación, pero no se nos ocurre hacer demasiadas cosas distintas a las que ya venimos haciendo y todos los años le damos

una vuelta, pero ahí me siento frustrado porque creo que no estamos teniendo capacidad de reconvertir eso.

Luego, lo celebrativo. ¿Cómo vivo yo lo celebrativo? Yo creo que lo celebrativo depende fundamentalmente de la comunidad en la que estés. Hay veces que la gente cree que una celebración depende del cura y yo creo que el cura es una pieza importante dentro de la celebración, pero el cura es solamente importante en tanto en cuanto deja o no deja que la comunidad celebre. Si el cura deja que la comunidad celebre, ya no es el que hace que la cosa sea de una determinada manera.

Yo vivo dos realidades distintas todos los domingos celebrando en Santo Domingo de la Calzada y en San Jaime, son dos realidades comunitarias diferentes. En Santo Domingo de la Calzada el día que nos hemos juntado muchos lo mismo han sido 25, eso un día excepcional. En San Fermín lo normal es que nos juntemos entre 200 o 300 más o menos, ya eso de por sí ya cambia las posibilidades. En Santo Domingo no necesitamos micrófonos, todo el mundo puede participar de una forma directa, de una forma inmediata; en San Fermín estamos pensando cómo resolver ese asunto porque además nos construyeron una iglesia nueva que cuando uno habla no se le entiende, entonces pues es un lío, y ahí no sabemos muy bien tampoco cómo resolver.

Entonces yo creo que lo celebrativo, lo realmente importante en lo celebrativo, es que sea realmente capaz de expresar lo que estamos viviendo; y no solamente para que lo expresemos, sino para que presentándolo ante Dios podamos acoger lo que de parte de Dios nos está llegando.

Hay una cosa que la quiero compartir y es que para nosotros la experiencia de la Eucaristía dominical, por ejemplo, se ha terminado convirtiendo en la envidia de la estrategia de prevención de riesgos laborales de todas las entidades sociales que hay trabajando en La Cañada. La realidad de trabajo y de intervención social en La Cañada es muy desgastante, hay muchas bajas laborales producidas por estrés, ansiedad, cansancios, agotamientos y tal; entonces en la parroquia hicimos también el test de lo de prevención de riesgos laborales, las mejores puntuaciones las teníamos los de la parroquia. Les decíamos: vamos a ver, los de prevención de riesgos laborales vosotros qué hacéis, en Cruz Roja o en cualquier entidad que sea un poco potente; ellos decían: tenemos una preparación, tenemos una formación, tenemos una muestra de tal... ¿y vosotros? Yo decía: nosotros todas semanas tenemos un ratito para sacar afuera lo que estamos viviendo; todas las semanas nosotros en la eucaristía en La Cañada lo primero que hacemos es encender el cirio pascual aunque no sea Pascua, e intentamos reconocer que a la luz de esa luz leemos la realidad. Con lo cual ya no es sólo una puesta en común

de lo que ha pasado durante la semana, sino lectura –que intentamos que sea creyente– de lo que ha ocurrido en la semana, después comentamos la Palabra, nos expresamos, a veces nos cabreamos. Una vez al mes nos juntamos a rezar para intentar profundizar en esa historia, y un par de veces al año nos vamos un fin de semana para ver si somos capaces de terminar de centrar lo que hacemos. Como prevención de riesgos laborales funciona.

Yo creo que si la liturgia es eso –a lo mejor es una frivolidad por mi parte, no lo sé– entonces la liturgia está sirviendo a una vida que permanentemente se recicla en la propia liturgia. Yo creo que nosotros podemos decir eso de que la eucaristía es la fuente de nuestra vida, porque es que es ahí donde mana ya lo de la semana siguiente, donde se va proyectando, se va acogiendo, se transforma y se proyecta. Entonces lo celebrativo yo creo que es la piedra de toque, porque además en muchas ocasiones también es el escaparate en el que nos ven; cuando nuestras celebraciones son aburridas, ese es el escaparate de lo que vivimos. Cuando nosotros hablamos con gente que le va la música les decimos: es que nuestras canciones más modernas son las de los años 80, que son las que cantamos en misa, que las cantamos ahora por no cantar las antiguas, que ya no sé ni de cuándo eran. La liturgia es nuestro escaparate, entonces cuando uno puede venir a una eucaristía de nuestras comunidades y se va diciendo “me he sentido a gusto, he estado bien...”, aunque no hayan llegado más allá entonces creo que nuestra liturgia también está aportando.

*P. Tu espiritualidad es una espiritualidad claramente bíblica, no sé si estás de acuerdo o no, has estado permanentemente haciendo referencia a la Escritura, mucho más que a otro tipo de reflexiones. Me gustaría desarrollar eso un poco, el tema de la espiritualidad y el tema de la Palabra, el ser oyente de la Palabra. En segundo lugar, toda tu intervención no es una intervención simplemente testimonial de lo que estás viviendo, sino una reflexión bien elaborada de lo que estás viviendo. Entonces te pregunto pensando desde el Instituto de Pastoral: ¿qué pides tú a un centro teológico para que realmente alimente la vida de las comunidades cristianas, de los agentes de pastoral? ¿Qué es lo que nos pedirías como Instituto y a todo centro teológico?*

R. Lo del tema de la espiritualidad yo creo que sí, para mí sí es lo que me ha ayudado. Antes cuando estaban hablando en la mesa anterior y Ana María me parece que ha sido sacaba a relucir lo del tema del peregrino ruso, a mí aquello me marcó mucho, lo de la necesidad de la oración constante. Con lo del peregrino ruso me pasó que yo tampoco sabía cómo resolver aquello, pero años más tarde me encontré con una trilogía

fantástica que era una trilogía sobre las andanzas del Papa Jacinto, eran tres libritos que hablaban del Papa Jacinto. Esto estaba escrito aproximadamente cuando murió Pablo VI, en los 70 o una cosa así. De repente lo de las andanzas del Papa Jacinto es que nombran Papa a uno que era Jacinto, al hombre le pilla con el pie cambiado, no sabía muy bien; total que se queda allí abrumado en el mundo de la curia y decide marcharse, se marcha del Vaticano. Era francés y se va a París, se esconde en una buhardilla y se pone a trabajar de taxista y se mete en el sindicato del taxi. Todo el mundo empieza a preguntarse: “¿Qué pasa?, el Papa ha desaparecido” Las grandes potencias –en aquella época estaba todavía todo el tema de la Guerra Fría–, la KGB, la CIA, los chinos, los ingleses, todo el mundo buscando al Papa, el Papa ha desaparecido, ¿dónde está el Papa?

Hasta que de repente ya los rusos lo terminan encontrando como sindicalista en París, todo el mundo pensaba que era un complot de alguien contra el resto, entonces todo el mundo intentaba averiguar cuál era el complot. Los rusos se lo llevan a Moscú a celebrar el 1 de mayo y, cuando se lo llevan, lo llevan a un bar a tomar algo y lo drogan, lo secuestran y se lo llevan allí a una sala de interrogatorios en el Kremlin, lo ponen hasta arriba de Pentotal y piensan: ahora ya podemos preguntarle lo que queramos porque permanentemente nos va a decir todo lo que queramos.

Según empiezan a hacerle el interrogatorio todo lo que le salía a Jacinto eran frases bíblicas: “soy un pobre siervo que he hecho lo que tenía que hacer”, “porque si yo quiero pagarle un denario igual que a ti ¿por qué no se lo voy a pagar?”, “y si yo quiero que este me siga ¿a ti qué?”... Claro, los rusos al principio tampoco entendían nada, hasta que ya llega un erudito y dice: “esto es de un libro antiguo de autores varios que utilizaban los judíos y luego los cristianos”. No os voy a contar el final, os buscáis el libro y lo leéis.

Junto a eso hay otro elemento más que fue Carlos de Foucauld. Cuando Carlos de Foucauld le dice a las fraternidades aquello de: no vais a ser gente de oración en la medida del número de horas que paséis delante de un sagrario, sino sólo en la medida en que seáis capaces de ver la realidad con los ojos de Jesús para sentirla con el corazón del Padre.

Estos tres elementos a mí lo que me hicieron fue decir: si yo conociese la Escritura para poder leer lo que veo a los ojos de esa Palabra, entonces mi vida podría ser una oración. Ese ha sido el intento durante toda mi vida, y no me sale, pero estoy ahí. Además, creo que eso me facilita mucho el no tener que estar violentando mis espacios constantemente para ajustarme a unos tiempos que normalmente nunca tengo. Intento

de vez en cuando parar y decir: fuera, me tengo que ir, me aíslalo poquito tiempo, pero tiene que estar. Hay que salir de todo, romper y poner distancia, pero es un ratito. Luego este mundo nuestro, yo lo que he ido descubriendo en mi vocación de cura diocesano es que al final el mundo es el que te llama y tú no dominas; con lo cual, si quiero vivir una espiritualidad que me sostenga, esta es la que me venía bien. Y por eso es por lo que ciertamente mi espiritualidad es la de un pobre oyente de la Palabra, que ya me gustaría entenderla pero que a veces me limito simplemente a repetirla.

En relación con lo del Instituto que me preguntabas, qué se le puede pedir a un Instituto o a un centro de estudios teológicos. Yo creo que nos falta un eslabón –yo hace años lo percibía–, creo que nos falta un eslabón entre lo que vivimos y luego lo que somos capaces de transmitir de una forma consistente. Ese ejercicio podría ser el que un centro de estudios podría realizar, hay un eslabón perdido entre la realidad y la teología más sólida y, a lo mejor, los centros de estudios podrían terminar encontrando cómo hacer ese puente. Pero no me preguntes cómo se hace ese puente porque, si lo supiera, me venía al Instituto y os lo decía.

Creo que es eso. ¿Cómo se hace eso?, no lo sé. Que los que andamos por ahí zascandileando de vez en cuando vengamos a un instituto y tengamos un rato de charlar, pero no con alumnos, no para lucirnos, de charlar, de estar juntos y de que alguien que se ha leído todos los libros que se ha tenido que leer uno para ser listo, que vaya conectando todo eso con lo que nosotros estamos viviendo. Porque lo que yo sí he descubierto es que la Teología tiene que responder necesariamente, para que la fe se haga carne en nosotros necesitamos respuestas a lo que estamos viviendo.

Yo durante muchos años estuve conviviendo con personas drogodependientes, yo tenía que resolver cómo la salvación llegaba ahí, porque si no ¿yo qué pinto? Entonces, claro, esas preguntas no tienen respuesta fácil. Yo siempre he contado una anécdota en relación con la Teología: cuanto tú te coges un libro y vas al tema de Lázaro, cuando llegan ya está muerto; entonces viene Marta y le dije a Jesús “si hubieras estado aquí mi hermano no habría muerto”. Claro, eso para mucha gente puede ser irrelevante. Para los que en un momento determinado estuvimos viviendo en el mundo de las drogodependencias y en el mundo del SIDA, los años 80-90 que fueron años muy complicados, cuántas veces no nos hemos encontrado con alguien que te llegaba y te decía: es que si tú hubieras estado aquí, mi hijo no habría muerto, o mi hermano no estaría preso, o yo no me habría ido a pillar. Si tú hubieras estado aquí...

A esa pregunta ¿qué respondes? Te miras el Evangelio y Jesús ahí se monta el speech de lo de la resurrección y la vida. Sabéis que en el evangelio de Juan todo el mundo

parece que es un poco lelo para que se vaya poco a poco poniendo el escenario propicio para que llegue Jesús y te marca el discurso. Ahí viene el discurso de la resurrección y la vida, pero es curioso que en este relato cuando termina de marcarse el discurso, viene María y le vuelve a decir lo mismo: si tú hubieras estado... que me parece muy bien que tú seas la resurrección, la vida y lo que tú quieras, pero si tú hubieras estado aquí mi hermano no habría muerto; entonces Jesús se pone a llorar.

Tú te vas al Brown –que es un tocho del evangelio de Juan que se estudiaba–, buscas el versículo en cuestión y no lo comenta. ¿Por qué?, posiblemente porque Brown nunca ha tenido esa situación porque se ha dedicado a otras cosas, él no ha tenido esa necesidad. ¿Dónde veo yo un centro de estudios teológicos?, por medio. Los Brown no van a tener esa experiencia y nosotros no tenemos las respuestas, y alguien tiene que casar a Brown con nosotros y a nosotros con Brown, porque tanta falta nos hace a nosotros como a Brown el que alguien nos los enlace.

*P. Yo quería hacerte dos preguntas: la primera si realmente tú estás solo o me imagino que contarás otra gente en equipo, grupo o comunidad que sean soporte, apoyo reflexivo, para poder mantenerse en esa dinámica y en esas contradicciones tan grandes que está sufriendo la gente por la cual tú trabajas. Y la segunda pregunta sería qué repercusiones proféticas dentro y fuera de la Iglesia tiene tu trabajo, en el doble sentido del profetismo: parte positiva y también la parte de denuncia que lleva consigo seguramente de contradicciones dentro de la Iglesia o de la sociedad que os miran con malos ojos o que podáis tener algún peligro.*

R. En relación con lo primero: pues claramente yo creo que no es posible vivir si no es con otros, y menos todo esto. Cuando digo que lo vives con otros yo tengo que decir que lo vives con la Iglesia, porque estoy en dos comunidades cristianas muy enraizado donde permanentemente todo esto se contrasta en todo. Con la Iglesia también en el sentido más amplio de tener la posibilidad –como comentaba– de encontrarme con un montón de realidades eclesiales con las que contrastar esto, de muy diverso pelaje, orientación, ideología... pero poder ir contrastando. Y luego también con mucha gente que no es de Iglesia, porque a mí me parece que esto también es como muy importante. O sea, si cuando nosotros hablamos solamente nos entienden los de la Iglesia, estamos diciendo algo malo, y yo creo que tenemos que aprender también a hablar el lenguaje de la gente; romper esos clericalismos que comentaba antes que me dan tanto miedo y que podamos hablar con la gente es normal, pero normal normal. Yo recuerdo una vez en un espacio de estos de encuentro que dije: yo creo que tenemos que ser más normales

—era un grupo de Iglesia—, y alguien inmediatamente soltó la pregunta: “¿qué es ser normal?” Así no hay forma de avanzar, ser normal es ser normal, salte a la calle y lo ves. Entonces yo creo que en comunidad pero también en una comunidad abierta al mundo, una comunidad que no sólo es comunidad de Iglesia.

Luego, las repercusiones proféticas yo creo que existen, existen dentro de la Iglesia, fuera de la Iglesia y en el intermedio también. ¿Cuáles?, pues no lo sé, digo yo que existirán, pero no te sabría yo concretar. Sí te puedo comentar en estos espacios comunitarios cuál es el intento de presencia profética que intentamos, y que lo hemos definido alguna vez como un salto que va de la trinchera hasta el encuentro, hasta el diálogo. Porque nos hemos terminado cansando alguno de pegarnos con unos señores que se visten de azul, que suelen medir dos metros de alto por uno y medio de ancho, que van absolutamente pertrechados y que además a las 8 horas les buscas un relevo, y tú no tienes relevo y al final siempre pierdes y dices “por ahí no”. Pero si somos capaces de cargarnos de razón desde otros espacios y desde lo propositivo se puede, entonces al final te das cuentas de que terminas teniendo capacidad de incidencia también en lo que ocurre alrededor. Eso es muy chungo porque eso también te genera mucha responsabilidad, pero yo creo que merece la pena hacerlo.

Como todavía no estamos en Cuaresma, me voy a permitir una vanidad. Una cosa que a mí me apunta a que realmente estamos haciendo algo que merezca la pena, algo en lo que la Iglesia estamos metidos, es en la transformación de políticas públicas. En La Cañada se ha conseguido establecer una cosa que se llama el “Pacto Regional sobre La Cañada”, es una forma, una dinámica de trabajo. A lo que voy con lo de la vanidad es que el otro día le oí comentar a uno de los portavoces de la oposición —en concreto a Ángel Gabilondo— que terminó diciendo en relación con el problema de los menores extranjeros no acompañados —que es otra cuestión de política pública—, dijo: “si queremos resolver esto, lo mismo tenemos que ser capaces de generar un pacto como el que se ha generado en La Cañada Real”. Y yo dije: “ahora Señor, según tu Palabra, puedes dejar a tu siervo irse en paz”, porque dices “algo hemos hecho”.

¿Tiene incidencia?, pues digo yo que sí. ¿Las incidencias tienen que ser negativas? Pues yo que sé. A veces tengo un poco la sensación que esto es como lo del siervo, ese al que todo el mundo le da pero está ahí; ¿y ha repercutido?, pues si lo miras a lo largo de la historia da la sensación de que sí ha repercutido pero no ha hecho mucho ruido tampoco. Yo me acuerdo una vez que me encontré con un amigo, estábamos en la catedral de Burgos, estaba mirando y dice: “¿sabes qué te digo?, que lo de Dios hace poco ruido, pero el poco ruido que hace lo hace bien”. Pues lo mismo es eso. Entonces

no te sabría ahora decir de muchas estridencias significativas proféticas, pero yo creo que algo sí estamos haciendo.

*P. Nosotros después del Concilio hemos participado muchísimo –incluso en esta casa– en el Coloquio Europeo de Parroquias, no sé si te suena, a lo mejor ya no. Hubo un gran ambiente de coordinación de todas las riquezas, que supuso cualquier movimiento, incluso también formación, estudios, estudios civiles que tuvimos que reciclar... Entonces yo echo de menos, yo qué sé, aquellos congresos de teología que había aquí de Juan XXIII, no por nostalgia, sino otras cosas más.*

R. Yo soy de la generación a la que los curas nos dijisteis que esto era otra cosa, cuando yo estaba en el seminario fue cuando Castillo y Estrada salieron de Granada. Yo creo que ahora mismo tenemos pocos espacios pero tampoco tenemos tan pocos como pensamos que tenemos. Personalmente no tengo la sensación de estar solo, porque en la medida en que empiezas a compartir cosas te encuentras con un montón de gente con la que compartir, o al menos esa es mi experiencia. Es verdad que ahora hay menos grupos estructurados, yo creo que vivimos también culturalmente otro momento, la democracia representativa se nos está cayendo. Ahora parece que lo que aspiramos es a tener consejos pastorales y yo he llegado a la conclusión de que a los consejos pastorales les pasa como al Parlamento: que cada vez la gente dice que más que no nos representan. Como estamos ahí todavía, todavía podemos estar buscando estructuras que a lo mejor ya no nos valen. Si esas estructuras no valen –que yo no sé si valdrán o no– podemos crear otras.

Y yo tengo la sensación de que estos espacios se siguen dando, el congreso de teología se sigue haciendo todos los años. Pero más allá de estos espacios que son más sesudos, más estructurados, luego también hay otros espacios que son más de relación, más de encuentro, que se van prodigando casi casi de una forma espontánea. O sea, no están tan organizados como podrían estar aquellas esas cosas que tú comentas, pero que sin embargo sí que hay lugares donde relacionarte, lugares donde poder contrastar.

Entonces, yo tengo la sensación de que aquello ya no es, no tengo la sensación de estar solo. Entonces imagino que algo nuevo estamos siendo capaces de gestar aunque no sepamos muy bien cómo delimitarlo, cómo configurarlo. A lo mejor esa es la riqueza, porque el día que nos pongamos a intentar organizar lo mismo vamos y la cagamos.